

Felicità e politica

[English version](#)

Giovanni De Sio Cesari

www.giovannidesio.it

Il sistema economico è per definizione rivolto al benessere materiale: la felicità, il benessere spirituale è cosa diversa, è un fatto personale Sono le dittature che pretendono di fare felici gli uomini , le democrazie non hanno queste illusioni. Il problema è vedere che si intende per felicità che nel tempo ha assunto significati diversi

Il latino felix significava fertile (esempio: campania felix) e quindi prosperità, buona fortuna corrispondente al greco eudomia (letteralmente: buon demone) Felicità era intesa quindi nel senso di benessere mentre il significato moderno di felicità corrisponderebbe al latino beatus che attualmente rimane solo in campo religioso (i santi beati o le beatitudini del discorso della montagna)

Il concetto nel mondo moderno non è più richiamato per la sua vaghezza sostituito da indicatori di benessere (che non è solo economico) e questo avviene proprio perché il concetto di felicità nel romanticismo ha assunto altro significato. Insomma nel 700 (per un Goldoni) un matrimonio veniva definito felice se marito e moglie osservavano i propri doveri e godevano dei propri diritti come prescritto: dal Romanticismo invece parliamo dell'amore come felicità perché pensiamo all'amore come qualcosa di assoluto, di superiore, di religioso insomma: non basta il benessere.

Si dice che il termine di felicità in campo politico sia nato con l'Illuminismo ma in realtà il richiamo alla felicità, non è solo un aspetto del riformismo illuministico ma anche prima si diceva che i re assoluti dovevano agire per la felicità dei sudditi

Il testo più noto in tale ambito è quello che si riferisce della dichiarazione di indipendenza degli Stati Uniti

"We hold these truths to be self-evident, that all men are created equal, that they are endowed by their Creator with certain unalienable Rights, that among these are Life, Liberty and the pursuit of Happiness. "

Ma che si intendeva con Happiness ?

Happiness comunque viene da happ che significava fortuna Quindi happiness significava prosperità: si riallaccia ai diritti dello stato liberale, che, come è noto, erano la vita, la libertà e la "proprietà " (e non la "felicità")

Io penso che la felicità non sia una categoria politica : lo stato può mirare al benessere non alla felicità dei cittadini. La felicità è qualcosa di esistenziale legato a esigenze puramente personali. Il cristiano è felice di andare al martirio perché crede di incontrare Dio e , più banalmente, noi siamo felici quando la ragazza dei nostri sogni ci dice sì, quando il nostro bambino balbetta la prima parola, quando un nostro caro supera una malattia e così via: lo stato non può provvedere a queste cose e nemmeno stabilire poi cosa ci fa felice

La felicidad política

Jose Antonio marina

<https://www.joseantoniomarina.net/categoria-blog/la-felicidad-politica/>

La palabra “felicidad” es tan equívoca que resulta casi inutilizable. La razón está en que se trata de un concepto formal, que fracasa cuando se le intenta aplicar a la realidad. Eso ocurre con frecuencia en matemáticas. La recta de la geometría está compuesta de infinitos puntos inextensos. Eso plantea la paradoja de Zenón de Elea que sin duda estudiaron en Filosofía: Aquiles el veloz no podrá nunca alcanzar a la tortuga, porque para hacerlo tiene primero que recorrer el número infinito de puntos que componen una recta. A pesar de ese formalismo geométrico, Aquiles la alcanza. ¿Por qué digo que “felicidad” es un concepto formal? Porque designa la estructura abstracta de la acción humana. Toda acción consciente va dirigida a un fin. Pero esos fines remiten a otros fines, son siempre intermedios. Imaginemos las preguntas en cascada de un niño que ve a su padre que está colocando una puerta en su casa. ¿Para qué pones esa puerta? Para que no entren ladrones. ¿Y por qué no quieres que entren ladrones? Porque quiero que nosotros y nuestros bienes estén protegidos. ¿Y para qué? Para estar tranquilos. ¿Y para qué? La última respuesta, la que ya no permite una pregunta más, sería: Para ser feliz. En esta construcción jerárquica formal, la felicidad sería aquel fin último, que detiene la búsqueda.

Llamaré la atención del lector sobre la analogía que este razonamiento tiene con las demostraciones tradicionales de la existencia de Dios. Todo lo que se mueve es movido por otro. En la serie de motores no se puede seguir indefinidamente. Debe haber un Primer Motor no movido por nadie, es decir Dios. En el campo de la acción humana, ese Motor inmóvil es la felicidad. Los teólogos escolásticos dieron un paso más e identificaron Motor inmóvil, Dios y felicidad. Era un intento de dar contenido a este concepto forma.

Fuera del ámbito de la fe, esa solución no resulta convincente, por lo que ese problema continúa sin resolverse. Séneca lo dijo con una frase sencilla:” Todos los hombres buscan la felicidad, pero nadie sabe en qué consiste”. Hay un caso que roza lo cómico. Marx estudia el proceso de liberación del proletariado, la desaparición de la alienación que le hace desgraciado. El triunfo de la revolución le liberará. El hombre puede ya ser feliz. ¿Y entonces qué hace? Lo único que se le ocurre es que puede dedicarse a cazar y pescar por placer.

Desde el Panóptico la evolución humana puede interpretarse como una tenaz búsqueda de la felicidad. La razón ya la conocen. El motor de la historia es la acción de los seres humanos, esta acción está dirigida a buscar la felicidad, luego la historia está dirigida a buscar la felicidad. No es que nos levantemos cada día diciendo “quiero ser feliz”, sino que el impulso que me lleva a buscar el bienestar, evitar el dolor, resolver los

problemas, progresar, pasar bien el fin de semana, puedo considerarlo de manera abstracta como “búsqueda de la felicidad”.

Observo otra cosa desde mi observatorio. La felicidad puede interpretarse de dos maneras. Hay una felicidad personal, privada, subjetiva, y hay una felicidad objetiva, social, política. Pondré como ejemplo dos momentos de la historia moderna de Occidente en que la felicidad se pone de moda. No ocurre siempre así, durante el romanticismo lo que se puso de moda fue la tristeza, la nostalgia, el *spleen*. Victor Hugo definió la melancolía como la dicha de ser desdichado. Un postromántico como Oscar Wilde, pensaba que “la felicidad es algo que solo quieren los ingleses”, casi una vulgaridad.

El primer momento de glorificación de la felicidad que quiero comentar es la Revolución francesa. El segundo, el éxito popular de la Psicología Positiva. Comenzaré por los revolucionarios franceses. Saint -Just pronuncia una frase contundente: *Le bonheur est une idée neuve en Europe*. La felicidad es una idea nueva en Europa. ¿Cómo podía decir eso, si todos los hombres han buscado siempre la felicidad y todos los filósofos y maestros religiosos han hablado de ella? Porque no está hablando de la felicidad individual, sino de la “felicidad política”. El artículo 1 de la Declaración de los derechos del hombre de 1793, declara: “El fin de la sociedad es la felicidad común”. La idea ya había estado presente en todas las discusiones de la Asamblea Nacional previa a la declaración de 1789. El proyecto de Target, en su art.1 decía: “Los gobiernos solo están instituidos para la felicidad de los hombres”; el de Mounier: “Todos los hombres tienen una tendencia invencible hacia la búsqueda de la felicidad. Todo gobierno debe, pues, tener como fin la felicidad general”. Los ilustrados españoles también tratan el tema de la “felicidad pública” que se manifestaría en profundas mejoras económicas, científicas y humanas y no un país marcado por el signo de la conquista y el heroísmo, como señalaba Jovellanos en el Elogio de Carlos III (1788).

La “felicidad pública o política” es importante porque es el marco en que cada persona va a poder buscar de manera más eficaz su propio proyecto de felicidad. En una sociedad en guerra, asolada por la hambruna, o por el terrorismo, es muy difícil alcanzar la felicidad subjetiva.

Haber olvidado esta vertiente social es una de las críticas que se hacen a la idea de felicidad subjetiva, que se ha puesto de moda en el segundo momento al que me refería antes, y que estamos viviendo en la actualidad. A mediados de los años noventa del pasado siglo, la felicidad se puso de moda, con la aparición de la Psicología Positiva, liderada por Martin Seligman. Su objetivo es mejorar las fortalezas humanas, facilitar el bienestar, y el crecimiento personal. Sus seguidores aspiran a elaborar una “ciencia de la felicidad” centrada en fomentar las emociones positivas. La pretensión científica de la psicología positiva ha sido duramente atacada. En España, desde la Universidad lo han hecho Marino Pérez Álvarez, Edgar Cabanas, Luis Fernández-Ríos, María Prieto-Ursúa y varios profesores más. Se la acusa de carecer de rigor científico, Se ha considerado a la Psicología Positiva una corriente social y políticamente conservadora porque parece defender que la felicidad depende del propio sujeto, no de circunstancias externas. Adoptan una frase de Epicteto: “No nos hace desgraciado lo que nos pasa, sino la interpretación que damos a lo que nos pasa”. Da la impresión de que no hace falta cambiar la realidad, sino solo el modo de pensarla. Sin embargo, a una mujer que está sufriendo violencia doméstica, no basta con decirle: cambia tu estado de ánimo, sé resiliente, busca la intensidad de las pequeñas cosas. Hay que decirle: intenta cambiar tu situación, sal corriendo. También hay en España defensores

acérrimos de la psicología positiva, como los catedráticos Carmelo Vázquez y María Dolores Avia.

Las críticas sobre la falta de rigor científico de la supuesta “ciencia de la felicidad” están justificadas en parte por los excesos de sus defensores. Un ejemplo: leo en el National Geographic un informe sobre las investigaciones realizadas por Richard Davidson, neurólogo de la Universidad de Wisconsin, mediante resonancia magnética funcional. La revista explica que “ha analizado el cerebro del genetista molecular y monje budista Matthieu Ricard, considerado “el hombre mas feliz del mundo”. Las investigaciones de Davidson son serias, pero la expresión “el hombre más feliz del mundo” es una bobada, lo que perjudica la calidad de la exposición. El asunto se complica porque Martin Seligman, el padre de la Psicología Positiva, que alcanzó un gran éxito con su libro La auténtica felicidad, dice en su última obra La vida que florece: «Odio la palabra felicidad porque está tan manida que ha perdido su significado. Se trata de un término impracticable para la ciencia o para cualquier otro empeño práctico, como la enseñanza, la terapia, la política pública o el cambio de vida a nivel personal”. Pretende sustituirla por “crecimiento personal”, por el término “flourishing”, o simplemente por “bienestar”. Con esta palabra enlazamos con el monográfico de “Cuadernos de Pedagogía”.

Ayudar a que nuestros alumnos adquieran los hábitos intelectuales y emocionales que faciliten ese bienestar, que les permitan disfrutar de las cosas buenas y resistir las malas cuando se presenten, es sin duda importante, pero no es suficiente. Cuando desde el Panóptico sintetizamos la información que nos da la historia, la psicología y la antropología, aparece una definición de la felicidad subjetiva más matizada:” Felicidad es la armoniosa satisfacción de los cuatro grandes deseos humanos: (1) el bienestar (2) el establecimiento de lazos sociales cordiales y estimulantes (3) la ampliación de las propias posibilidades y (4) la capacidad de dar sentido a lo que hacemos y vivimos”. El bienestar es un ingrediente fundamental, pero puede entrar en colisión con los otros ingredientes. Por ejemplo, mantener una relación afectiva puede exigir algunas incomodidades y sacrificios. Cualquier madre lo sabe. Ampliar las posibilidades, también. Jugar bien al tenis es estupendo, pero entrenarse es muy costoso. Dar sentido a lo que hacemos puede suponer comprometernos con alguna meta que nos parezca justa, y eso también exige esfuerzo. Insistir solo en el bienestar puede impedir el cumplimiento de los tres otros grandes deseos.

En este punto debemos retomar la idea de “felicidad política”, una de las metas que enmarca la felicidad subjetiva. Esta solo es aceptable si no entra en colisión con la búsqueda de la felicidad de los otros, y solo si colabora a la felicidad objetiva, social, pública, política, único marco que ayuda la búsqueda individual de la felicidad. Si el cerdo quiere una felicidad de cerdo, el buen ciudadano debe querer una felicidad de buen ciudadano.

Esta es la enseñanza del Panóptico. La introducción del derecho a buscar la felicidad en las constituciones, a partir de las de Estados Unidos y de la Francia revolucionaria son una prueba del vigor de la noción de “felicidad política”. Los distintos Índices de Felicidad que se han puesto de moda – el índice de Felicidad Nacional Bruta, el índice del Planeta feliz, el índice de felicidad subjetiva, el ‘ranking’ de la ONU, el índice de tu vida mejor, el índice de la Dignidad- no son satisfactorios porque mezclan mediciones de la felicidad subjetiva y de la felicidad objetiva. Por ejemplo, el índice de la Felicidad de la ONU me parece frívolo. No es de recibo que México, Qatar o Arabia Saudí tengan mejor índice de felicidad que España, por ejemplo. La percepción subjetiva de la felicidad es engañosa porque es una experiencia diferencial. Se basa en la diferencia entre lo que se espera y lo que se consigue. Si no espero nada, es más fácil ser feliz.

Puede haber una república de “esclavos felices”. En cambio, me parece serio el índice de Desarrollo Humano de la ONU, basado en la obra de Mahbub ul Haq y Amartya Sen, porque es un intento de medir la felicidad objetiva de un nación.